

Francisco Sánchez Juárez

SERMÓN
SOBRE EL
MISTERIO DE LA EUCARISTÍA

MADRID 1904

Caj. 604/23

^R
67357

Francisco Sánchez Juárez

SERMÓN

SOBRE EL

MISTERIO DE LA EUCARISTÍA



MADRID 1904

D. Francisco Sancho Lucor.



M. 1904

SERMON

SOBRE EL

MISTERIO DE LA EUCHARISTÍA

*predicado en la Real Capilla de Madrid
el día 20 de Junio de 1897, con asistencia de Su Ma-
jestad la Reina Regente y de la Real Familia.*

*Domine ¿ad quem ibimus? Verba
vitae aeternae habes.*

Señor, ¿á quién sino á Ti iremos?
Tú tienes palabras de vida eterna.

(JOAN., VI, 63.)



H, tú virtud sobrenatural y divina de la fe, bendita seas! Tú has descendido de los cielos como destello de la Sabiduría absoluta, y recorres los ámbitos de la tierra como ángel mensajero de bienes y de consolaciones. Tú eres adoradora fiel de la Esencia increada y de las perfecciones infinitas, que son tu objeto y tu fin; en ti encuentran el corazón y el espíritu el fundamento y la substancia de toda esperanza bienhechora; con tu poderoso auxilio logra penetrar el alma en las moradas de la gracia, vestíbulo de la inmortalidad de la gloria. Tú cuidas de la paz y de la felicidad de los hombres con la solícitud de una madre; tú eres el sér celestial enamorado de la razón humana, á la que buscas y guías con un amor sin límites para que evite los escollos de la negación y los tormentos de la duda; tú el faro salvador en donde han de tener fijos sus ojos los

pueblos y las sociedades para no desviarse jamás de los caminos de la justicia, y para afianzar sólidamente su bienestar y su engrandecimiento. ¡Oh, tú virtud de la fe, revelación dichosa de mundos invisibles, vislumbre arrebatadora de los eternos júbilos, hija del cielo que conduce al cielo, bendita seas mil veces!

Señora: es la fe el primer don de Dios, así como la caridad es el don soberano. Todos los prismas y todos los aparatos que el hombre inventa y acumula para estudiar la luz, no equivalen, no pueden equivaler nunca á la simple mirada de la fe, que alcanza á todas las alturas y goza con las grandezas del cielo; y yo he querido, ante todo invocar y bendecir esa virtud preciosa, ya porque la festividad de este día constituye uno de sus más hermosos triunfos, ya porque el esclarecido Imperio en que nacisteis hizo por tal manera de ella su lema y su divisa, que declaró ante las naciones, en el escudo de sus armas, preferir la vida de la fe católica á la armonía y la conservación del Universo, ya, en fin, porque el pueblo español y sus religiosos Monarcas fueron en todo tiempo mantenedores invencibles de la verdadera fe de Jesucristo.

La fe, Señora, nos trae hoy ante el altar cristiano para adorar la Hostia Eucarística, y tal es su resplandor, tal su poder y su fuerza, que ella descubre al corazón y á la mente todas las delicias y todas las hermosuras de ese misterio sublime. Por las revelaciones de la fe, yo sé que en esos espirituales banquetes ofrécense al sér humano, que siempre tiende á amar, purísimos é inmutables amores; sé que en ese Convite de ángeles verificanse resurrecciones salvadoras y ascensiones magníficas del alma; sé que á la claridad de esa llama entreveo los arcanos de la predestinación, que me alientan para justificarme y para perfeccionarme en la virtud; sé que sin la Mesa eucarística todo, en los caminos difíciles de la vida, sería esterilidad en las obras, y alegrías sin encanto, y gemidos sin lágrimas, y dolores sin consuelo; sé que la Eucaristía es el ideal de toda verdad, y de toda bondad, y de toda belleza,

porque es la suma de todo lo divino condensada en un punto para mejor atraerme y salvarme; y sé, por último, que todo esto que me llama y me ilumina no es ilusión de la piedad ni creación de la fantasía, sino que es la promesa cumplida, el hecho demostrado, la palabra que no falta, la Encarnación del Verbo, extendida y perpetuada en los siglos, Jesús, el Redentor de la naturaleza caída, bendecido por todas las edades y reinando en todas las generaciones. ¡Oh Dios mío! ¿A quién sino á Ti ha de acudir mi alma, siempre sedienta de ventura y de amor, para que la favorezcas con tus inspiraciones y tus gracias, y para que te dignes sentarla un día en el trono de tu gloria? *Domine ¿ad quem ibimus? Verba vitae aeternae habes.*

Habiendo yo de explicar esa Palabra de eterna vida en ocasión tan alta y en momentos tan solemnes para esta nación heroica, invitaré fervorosamente á las almas cristianas para que se unan más y más con Jesús Sacramentado, é intentaré probar en mi discurso este doble concepto.

«El Misterio de la Eucaristía es el secreto adorable de las maravillas divinas y el talismán infalible de las glorias de nuestra Patria.»

Imploremos, etc...

Ave gratia plena, etc...

I

SEÑORA:

La Eucaristía es un milagro realizado en el tiempo; pero él está concebido desde la eternidad, cuando aún no había movimiento terrestre, ni luz de sol, ni canto de ángeles. La mente, alumbrada por la fe, intenta con frecuencia abismarse en la meditación de los arcanos de Dios; la Unidad de Esencia, la Trinidad de Personas, las Procesiones, las Relaciones, la Circumincesión y las Nociones divinas, focos de luz y notas de armonía en ambos Testamentos y lucerna ardiente y fúlgida de toda Asamblea

católica; y el hombre, que con ser la tierra casi un átomo en medio de los mundos, tiene un rayo de la Inteligencia infinita y se acerca á los Querubines, el hombre se imagina que en esos piélagos de la Divinidad flota ya la nave del Universo, y piensa, con razón, que en todas las grandezas y las hermosuras interiores del Dios Omnipotente palpita el pensamiento, el amoroso deseo de que el Verbo Divino descienda sobre la tierra para unirse á la naturaleza humana, para identificarse con ella en una vida Eucarística. ¡Ah! ¡Ese Sér Soberano que me ama antes de que yo exista, que crea mundos para mí y á mí me crea para Él, que se da todo entero á mi alma y anhela transfigurarla en Él, ese es el Dios de mi corazón, y yo le adoro y le amo!

La Palabra eterna é increada dignase ser la Palabra creadora, y aparecen estos mundos visibles que la Teología nos muestra como la operación externa de Dios, la manifestación accidental de la Vida de Dios, naturaleza rica y espléndida, cuyo armónico concierto fué alterado, no obstante, por el libre albedrío de la criatura, esa facultad misteriosa que Dios otorgó al hombre como la otorgó al ángel. Mas como el hombre, creado á imagen de Dios, no podía, no sabía, á pesar de su desobediencia y su castigo, vivir sin su Hacedor, del cual obtuvo gracia y misericordia, el influjo, el embeleso del Testamento Antiguo consisten en cómo Dios hubo de comunicarse á aquellas generaciones, con el emblema, con la figura, con la promesa, con la esperanza, con el anuncio del Libertador futuro, que es la acción incesante de la vida divina en las edades bíblicas.

Los pueblos todos de la tierra guardan destellos de la revelación primitiva; pero fijándonos naturalmente en aquel que conserva íntegras las verdaderas tradiciones, veremos que todas las jerarquías y todas las clases de Israel, pastores, sacerdotes y príncipes, han suministrado *Videntes* á la confianza sagrada de la raza de Heber en el *Deseado de los collados* eternos; y que todos esos hombres son poetas y artistas sublimes, inteligencias inspiradas, corazones

encendidos que añaden una visión á otra visión, una historia á otra historia, un vaticinio á otro vaticinio, desposándose siempre la sabiduría con la santidad, las lamentaciones con los epitalamios, los cánticos con los suspiros para señalar al Mediador tan vehementemente esperado.

Y en ese extenso y majestuoso cuadro de más de treinta siglos, epopeya no interrumpida, donde abundan los hechos más dramáticos, los caracteres más grandes y las situaciones más solemnes, no es ya únicamente la existencia y la misión bendita de Aquél que había de ser llamado, en Isaías, *el germen*; en David, *el fruto*; en Zacarías, *el Oriente*, lo que constituye la fe y el entusiasmo de la nación escogida, sino que en todos los períodos supremos de esa historia contemplamos elocuentes y graciosos símbolos del arcano Eucarístico. El árbol de la vida que se levanta en el Paraíso; el sencillo sacrificio del Rey de Salem; la significativa inmolación de Isaac; la zarza que arde y no se consume; el Cordero de la Pascua Israelítica; el maná que alimenta aquellas multitudes que Moisés liberta y dirige; el Pan misterioso de Elías; los diversos sacrificios de la Antigua Alianza, son signos reveladores de la manera portentosa é íntima con que el Verbo del Padre había de infundirse en el hombre, había de descender á su pecho y á su alma en la plenitud de los tiempos. ¡Oh! Si la Sinagoga hubiera tenido un pincel ó un buril para crear imágenes que reflejaran lo infinito á través de lo finito, ella nos habría legado obras de la más acabada hermosura, como portada seductora y magnífica del edificio de la Iglesia católica y de sus suaves Tabernáculos.

El Verbo se reviste, al fin, de nuestra carne para habitar con el hombre, para ser su hermano, su Maestro, su Redentor, el dador de la gracia y de la gloria, puesto que venía á ofrecerle cuanto le podía elevar en el orden de la inteligencia; cuanto podía fortalecer su espíritu en el dolor y en la prueba; cuanto podía purificar y santificar su vida con inefables carismas. Para ese amor de Jesucristo no habrá más que una raza, toda la raza humana; ni habrá

tampoco más que un clima, ni más que un símbolo, ni más que un idioma, ni más que un corazón, ni más que un Cielo. Toda la vida de Jesús es una estela indeleble del más intenso amor; amor en Belén la humilde; en Heliópolis la gentil; en Nazaret la pintoresca; en Cafarnaúm la deleitosa; en las riberas del Jordán; en las playas de Tiberiades; en los verjeles de Jericó, en Jerusalén y en el Templo; ó lo que es lo mismo, Señora, amor para los pastores, amor para los Reyes, amor para los extranjeros, amor para los sabios, amor para los pequeñuelos, amor para los que sufren, y sobre todo, amor para los pecadores.

Mas como esto no era bastante todavía para la caridad de Cristo; como la Sabiduría y la Omnipotencia divinas no son el genio humano, que siempre tiene límites, ni son el amor humano, que se detiene ante lo imposible; Jesús, que tanto amó á los suyos, se propuso en el Sacramento eucarístico, dándose en alimento á las almas, amarlos hasta el fin; esto es, tocar el término absoluto del amor; realizar lo infinito del amor, que es vivir para siempre, estar en todas partes, comunicarse y transfundirse á todos los corazones en la integridad de la substancia, en la perfección del sér, en la personalidad toda entera.

He aquí primeramente la promesa del Hombre Dios: «Yo soy el Pan vivo que descendí del Cielo; este Pan que yo os daré es mi carne; el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida». Después viene la realidad venturosa: «Tomad y comed; este es mi Cuerpo, inmolado por vuestro amor. Tomad y bebed; esta es mi Sangre del Nuevo Testamento que será derramada por la remisión de los pecados. Y este convite y esta Transubstanciación perfecta, vosotros, continuadores de mi ministerio, los perpetuaréis en mi representación y en mi memoria»: *hoc facite in meam commemorationem*. ¡Ah! Creer en este misterio dulcísimo, prorrumpiré con San Bernardo, es ya haber encontrado á Jesús y poseerlo: *Crederé invenisse est*. Y mientras aliente un sacerdote que repi-

ta en el altar, y con la Hostia en sus manos, aquellas eficaces palabras, la Iglesia católica, la sola Iglesia de Cristo será indefectible en la tierra, hasta que un día se junte y se confunda con la iglesia triunfante de los cielos.

Y si yo confieso y adoro la Persona Unica y la doble naturaleza de Cristo en la Eucaristía, los accidentes mismos en que Jesús se oculta me cautivan y conmueven, porque la vid y el grano son materia que vive y se multiplica, fuente la más saludable para el principio vital del hombre, y su germinación simboliza nuestro progreso espiritual, y figura el alma de los justos, y hasta representa la Humanidad del Verbo, que se llamó á sí mismo «Pan vivo» y «verdadera Vid», hallándolos, por tanto, mi razón más nobles, más adecuados, más bellos y más ricos que el oro y el diamante para velar con delicadas apariencias la Presencia real de Jesucristo, para convertirse completa y totalmente en el Cuerpo de Cristo.

En frente de esta realidad escondida y de esos accidentes amados hay dos clases de ciencia, dos linajes de sabios. La ciencia sobria y creyente exclama con el Santo Abad de Claraval: «¡Oh hombre! Recibe dentro de tu alma el Sacramento eucarístico; pero que tu razón no lo discuta». Y en medio de esta sumisión, y á causa de ella misma, la razón católica comprende lúcidamente, y lo comprende aun por el mero racional discurso, que ni la noción de substancia, ni la noción de cuerpo, ni la noción del espacio pueden contradecir el misterio de la Hostia consagrada; y es, Señora, que la ciencia que se apoya en la fe es como el meteoro que cae sobre el sol; calor sobre calor; luz sobre luz, y fuerza sobre fuerza.

La razón soberbia, por el contrario, es todo sombra y tinieblas; y diríase con propiedad que ella infunde en un corazón fiel el terror de los grandes eclipses. Cuando la luna ha cubierto enteramente el centro del sol que nos alumbra, desaparece la alegría de la creación, y ni es risueño el paisaje, ni verde el césped, ni azul el cielo, ni claro el horizonte, ni cantan las aves, ni tiene el rostro del

hombre el color de la vida; y así, cuando el entendimiento orgulloso osa negar al Dios de la Eucaristía, desdeñando las influencias de su gracia, obscurece toda verdad, afea toda hermosura, aleja toda esperanza, ahuyenta todo consuelo, desvía los manantiales de la misericordia, mata con sonrisas de mofa todos los estímulos del sacrificio. ¡Ah, Señora! ¿Por qué estos eclipses del mundo intelectual y del mundo moral no han de ser siempre como los eclipses del mundo físico que pasan rápidamente, recobrando la naturaleza su curso y su ritmo, y el ánimo del hombre su perdido reposo?

¡Oh amante Jesús mío! Déjame confesar otra vez, como desagravio á las glorias de tu divinidad y á los holocaustos de tu amor, la fe con que mi espíritu te adora en ese Trono, y permite que te bendiga mi labio por todas tus ternuras y todas tus piedades. Tú eres para mi corazón en esa Mesa de ángeles el dulce amigo que me ofrece fidelísimamente su valimiento y su alma. Tú el hermano que quiso vivir mi vida y llevar mi sangre, colocándose como en una rama del árbol de su genealogía. Tú el Esposo que celebra con mi alma las bodas de la unión más pura y la levanta á las cúspides de la virtud, y le otorga fecundidades sobrehumanas.

Sumergir ahora la inteligencia y la fantasía en la contemplación de esos banquetes místicos, es gozar anticipadamente de las visiones de la altura. Allí nunca se ve lo ideal empequeñecido por la realidad de las cosas, ni el raciocinio severo rectifica las creaciones de la imaginación cristiana; y cuanto se pueda haber soñado de belleza, de gracia, de ventura, de paz y de armonía, cede á los espirituales encantos de los convites Eucarísticos. Allí avivó el apóstol su celo para recorrer las montañas, los desiertos, los bosques y los mares, predicando la doctrina de su Maestro; allí recogió el mártir su fortaleza y su constancia para confesar á Jesucristo y para sonreír en el tormento, con desesperación de los tiranos; allí adornó sus sienes la Virgen de los claustros con refulgentes aureolas; allí el

Doctor de la Iglesia tuvo las intuiciones de la verdad y asombró las Escuelas con la penetración de su talento; allí el misionero y el Fundador aprendieron el arte sobrehumano de ganar almas innumerables para la fe y la caridad de Cristo; allí príncipes sin ventura combatidos é inmolados por usurpadores y tribunos, y, con más frecuencia todavía, Pontífices Vicarios de Jesucristo, despojados y perseguidos por los ambiciosos y los inicuos, templaron hermosamente el ánimo para decir á sus opresores lo que decían los cedros del Líbano á los vientos y á las tempestades, en el coro que fantaseó Lamartine, aunque sin el tono y la arrogancia de aquellos colosos de las altas cumbres: «Nosotros desafiamos tranquilos vuestros furores, y ni la onda que se irrita, ni el huracán que se desata interrumpirán los cánticos que murmura nuestro ramaje, ó la grandiosa majestad de nuestros silencios elocuentes y de nuestras sombras proféticas» (1). En la Mesa eucarística, por último, la adolescencia sin nubes y sin mancilla, el entendimiento que se robusteció en la fe, el espíritu que se acrisoló en el dolor, el corazón contrito que vertió el llanto de la penitencia, nos ofrecen las rosas, las violetas y los lirios de celestiales jardines, y atesoran tantos merecimientos y tanta santidad, que ellos parecen acercarse y confundirse con lo infinito, como se confunden el mar y el cielo en un horizonte lejano.

Lo he indicado, Señora; la física une hoy con hilos maravillosos todos los Continentes; nos enseña cómo el éter transmite sonidos, y ondula y vibra y se agita; crea mares de incandescente luz, y acaso nos dejará entender un día los secretos de los astros; pero, ¡ah!, ¿qué puede significar todo esto, aun con progresos centuplicados, en comparación de las grandezas y maravillas de la fe, de las relaciones que el Misterio eucarístico constituye y mantiene entre el cielo y la tierra, de los anhelos del alma para unirse á su Creador, de los raptos invisibles hacia el Amor divino y

(1) Chœur des Cèdres du Liban.

las descensiones bienhechoras á la caridad del prójimo que admiramos y bendecimos en un San Pablo, un Crisóstomo, un Bernardo, un Francisco de Asís, un Antonio de Padua, un Francisco de Paula, un Juan de Dios, un Tomás de Villanueva y una Santa Teresa de Jesús?

II

Y consagrado ya este imperfecto himno de adoración y de ternura al Sacramento eucarístico, recrearemos algún tanto el corazón y la inteligencia con las páginas escritas en el libro de la patria, bajo el influjo de ese perpetuo milagro y á la fulgente luz de ese misterio eterno. La historia de ese culto está ya hecha por plumas inmortales; el rápido bosquejo que habré de presentaros será tan sólo una nota de amor por nuestras grandezas pasadas, una sentida endecha que la esperanza eleve en nuestras presentes inquietudes, un llamamiento ardoroso á nuestra fe, para reavivar con esfuerzo perseverante los fervores eucarísticos de nuestros piadosos abuelos.

La clara y feliz aurora de esta festividad dulcísima nació en la devoción profunda de las ciudades y reinos españoles para con el Dios de nuestros Tabernáculos; y los interesantes pactos de Pelayo, de Zamora, de Sobrarbe y de Aragón son columnas eucarísticas que sostienen el pórtico del majestuoso edificio levantado en el siglo XIII, á virtud de altas revelaciones, por la autoridad del Pontífice Urbano IV. Porque es destino de España, en los períodos críticos de la historia, ser como astro y como guía, suscitados por la Providencia de Dios para conservar las civilizaciones y para salvar la Europa; y así como el Pilar de la Virgen María, en las márgenes del Ebro, fué la primera luz que alumbró la regeneración de Occidente, así también las creencias eucarísticas de nuestros más ínclitos capitanes influyeron por modo decisivo en las sociedades cristianas de la Edad Media, para sublimar el valor, para suavizar las costumbres, para emprender las Cruzadas, para

dar al guerrero civilidad y cortesania, para esclarecer el Derecho de gentes.

Aquellos pensiles encantados que se extienden entre el Pirineo y la antigua Atlántida, son testigos afortunados de los más extraordinarios prodigios; y ya desde el Llobregat al Betis, del Betis al Guadiana, y del Guadiana al Tajo, y del Tajo hasta el Duero y el Miño y el Deva, el Sacramento eucarístico es ensalzado y glorificado en victorias que nos parecen ganadas por legiones de ángeles, en nacimientos de fuentes que brotan de improviso, como brotó el agua en Raphidim (1), en estrellas que lucen más que el sol, como la estrella bendita que guió hasta la cuna de Jesús, en Belén, á los Reyes de la Arabia.

Si bajo este aspecto, Señora, examinamos la historia de nuestros Soberanos y nuestros caudillos, atraerá ya nuestra admiración aquel carro de batalla con emblemas de la Eucaristía que ostentó el Cid en la religiosa Burgos; cautivarán nuestra mente aquellas empresas hazafiosas de Berenguer de Entenza, laureles siempre reverdecidos por la tradición y la piedad; nos llenarán de entusiasmo aquellas públicas manifestaciones de Jaime I en Daroca, astro sin par en nuestro cielo eucarístico, ciudad frecuentemente visitada por los Reyes de Aragón y de Castilla, y hasta por los Emperadores de Alemania; suelo constantemente besado por millares de peregrinos: nos causará edificación y asombro el devoto recogimiento de Fernando el Santo en las procesiones de la imperial Toledo; el ademán humilde de Fernando V y de Isabel I en las solemnidades eucarísticas de la rendida Granada, como proclamando que sólo Dios es grande, y que á Él sólo es debido el honor y la gloria; la ferviente piedad, en fin, de todos nuestros Monarcas, que, ora construyendo Basílicas, ora dotando Monasterios, ya cediendo sus carrozas para conducir el Sagrado Viático, ya asistiendo á los Autos sacramentales ó visitando Sagrarios, legaron á sus sucesores el más fecundo y consolador ejemplo.

(1) Exod., XVIII, 6.

Y siguiendo los luminosos pasos de sus reyes, el pueblo español brilló como ningún otro pueblo en las adoraciones á Jesús Sacramentado. Nadie, nadie como la católica España respondió á la sabiduría infalible de la declaración Tridentina; pero ella sabía desde los primeros siglos, adoctrinada por las inspiraciones del poeta Prudencio, por las Epístolas del Papa San Dámaso y por los escritos de San Isidoro, que la Eucaristía era una dádiva eterna; comprendía que los misterios de la fe, aunque formulados y definidos un día por la Iglesia, fueron siempre lo que son, serán siempre lo que fueron, asemejándose á las leyes y fuerzas de la naturaleza, que han sido siempre las mismas, aunque por más ó menos tiempo las desconocieran los sabios. Nuestras más famosas ciudades se inmortalizaron por su fervor, y desde la antigua Lugo, que encanta al historiógrafo por lo velado de sus orígenes, hasta la ciudad del Genil y del Dauro, célebres, entre mil glorias, por la clásica estructura y el espiritual sabor de su Odas á la Eucaristía, los reinos conquistados por Alfonso VI, por Jaime I y por San Fernando, esto es, Toledo, Valencia, Sevilla, alfombraron incesantemente con flores, perfumaron con incienso, acompañaron con sublimes cánticos el camino de bendición y de triunfo de la Hostia de nuestros altares.

Pero todavía nos producirá mayor pasmo y regocijo recorrer las páginas imperecederas de esta villa, siempre invicta y piadosa, y ver que con sus concordias Eucarísticas salvó á veces la libertad de sus Monarcas, y dió á la Historia de España un siglo XVII, donde los Templos y las Asociaciones para cantar las glorias de la Eucaristía son como un cielo estrellado: siglo en el que Cervantes se muestra esclavo del Santísimo Sacramento; y Lope y Calderón juntan en sí cuanto de más arrebatador, de más tierno y más bello inspiró el dulce y gracioso dogma á nuestros más preclaros vates, desde Juvenco hasta Gonzalo de Berceo; desde Fray Luis de León, el enamorado de Cristo, hasta aquel Nicolás Factor que nos recuerda, por

las concepciones de su mente y por la santidad de su alma, á su Seráfico Maestro Franciscó de Asís, y á su vehemente é incomparable hermano Jacopone de Todí.

Resumiendo ya el presente discurso, diremos que la Eucaristía es el Pensamiento Eterno de Dios, es la Suma de las maravillas de Dios, es la Luz indeficiente de Dios, revelación de la Trinidad en la Unidad, de tres Subsistencias en una sola Esencia, auxilio sobrenatural y divino, que hace al alma salir purificada del dolor y victoriosa del pecado; y diremos igualmente que el culto de la Eucaristía en la nación de Fernando III y de los Reyes Católicos, es á la vez sabiduría y justicia, intrepidez y humildad, iluminación y esperanza, sagrado talismán de las más nobles empresas y las más envidiables glorias. ¡Oh! ¡Haga el cielo que con las gracias de ese manjar celeste aspiremos á imitar las elevaciones de aquellas almas privilegiadas que nos pintó el arte cristiano suspendidas sobre la tierra en sus éxtasis! ¡Haga el Dios de toda clemencia que, así como en los días de nuestras prosperidades el culto del Verbo Encarnado y siempre vivo en los Tabernáculos, fué el resorte de nuestro poderío y la santificación de nuestro renombre, hoy, que no sabemos bien si es la Justicia ó es la Misericordia de Dios la que llama á nuestros corazones para aquilatar nuestra fe con la prueba del infortunio y con las oblaciones del sacrificio; hoy, repito, las solemnidades Eucarísticas, brillando con todo su sobrehumano fulgor en aquellas playas de la América y la Oceanía, á cuyos moradores transmitió España, hace siglos, la fe que salva y la civilización que ennoblece, atraigan para siempre al regazo de la madre entristecida y á los altares de la Religión ultrajada los súbditos ingratos que pudieron olvidar en su locura la adoración debida al Dios único verdadero y la lealtad jurada á sus legítimos Soberanos!

Señora: Es un consuelo inefable para el alma, en estos instantes supremos de nuestra vida nacional, prestar acatamiento en ese trono á la Reina venida de un Imperio, hasta tal punto cristiano, que la Eucaristía es su más pre-



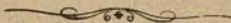
ciada enseña; princesa descendiente de aquel Rodolfo de Habsburgo, cuyos homenajes Eucarísticos ha consignado la historia y poetizado la leyenda; nieta de aquellos Césares que iban en peregrinación frecuente al Santuario de *María-Zell*, para ensalzar las prerrogativas de la Madre de Dios; porque así, á la luz del Misterio Eucarístico y bajo el amparo de la Virgen María, abristeis la inteligencia de vuestros hijos al mundo de las ideas y la mirada lúcida de su fe á las sobrenaturales regiones; dicha sin precio que contemplaron más de una vez mis ojos y se comunicó á mi corazón, y de la cual yo habría querido hacer testigos y participantes á la nación y al mundo; que no es lo mismo ver sonreír y revolotear por algunos momentos los ángeles, que habitar constantemente en sus coros, escuchar á toda hora sus melodías y contemplar sus candorosas gracias.

No puede estar lejano el día en que nuestro tierno Rey Alfonso XIII, que vió ya resplandecer las aureolas eucarísticas sobre la frente de sus hermanas muy amadas, haya de sumergirse en esa llama divina que, á semejanza del sol, brilla más en su centro que en su limbo, y ya le convida con ese Pan de los ángeles un Pontífice de Roma, como lo hizo el inmortal Pío IX con nuestro siempre llorado Rey Alfonso XII, ya lo reciba de mano de uno de nuestros Obispos en la gruta consagrada del Auseba, ó en este suntuoso alcázar, todos pedimos fervientemente, y esperamos de la Providencia de Dios, que esa ascensión del alma no sea turbada nunca con la sombra de los dolores ni con la negra nube de las deslealtades. Con sólo fijar la vista en esa graciosa criatura, no ya diríamos que su ángel custodio la protege con sus alas, sino que un cortejo de Serafines la sigue y la circunda. Todo en ese dulce sér es alegría y encanto como en las mañanas de primavera. Apenas ha comenzado á distinguir lo justo de lo injusto, y ya se vislumbra en él el espíritu de justicia; no experimentó el dolor, y ya anhela repartir entre los que padecen los consuelos y las dádivas; principia ahora á conocer la cien-

cia, y su frente parece despedir los rayos de la sabiduría; no sabe lo que es la guerra, sino por el delirio de las armas y por su amor al soldado, y sus sienes diríamos que se miran ya ceñidas con la diadema de los caudillos victoriosos. Ese Rey es niño y es ángel; conjurarse en su daño sería pensamiento de malvados, un plan diabólico y maldito. No vive entre nosotros, vive para nosotros; no sólo es nuestro Rey, es nuestra honra. Él habita como en una altura celeste; mirémosle todos con ojos de antiguos españoles, tan caballeros como cristianos, y lo veremos como en las hornacinas de los templos góticos se ven los ángeles ó los santos á quienes confiamos nuestra guarda. Oído otra vez, Señora; nosotros imploraremos del cielo que no se anuble jamás el límpido azul de esa dicha, y que en el día de la Comunión primera, vuestro idolatrado hijo y nuestro amado Rey recoja y conserve en su corazón la copiosa suma de cualidades y virtudes con que sus más egregios antecesores realizaron los prodigios todos de la fe, de la sabiduría, de la justicia, del denuedo, del amor al trabajo, de la humildad y de la caridad de Cristo; es decir, todas las hermosuras de la naturaleza, eslabonadas con todas las armonías de la gracia.

Y Tú, ¡oh Verbo Humanado, oh manjar celestial que nutres y purificas las almas! Yo te adoro conmovido en las alternativas prodigiosas de tus abatimientos y grandezas, que son tu más hermoso secreto para iluminarme y redimirme. Aunque está latente en ese altar la Divinidad de tu Esencia, yo sé bien que por Ti fueron creados los cielos y los mundos que cantan incesantemente tu gloria. Tu humanidad gloriosa se halla oculta y circunscrita por mi amor en ese Pan de Vida; pero te veo así en todo lugar y en todo templo reflejando tu Inmensidad y tu Eternidad como Dios consubstancial al Padre; y en esa Hestia blanquísima yo entreveo la vestidura deslumbrante del Thabor, y en esa humillación misteriosa bendigo la clemencia con que has querido alentar la pequeñez de mi sér para que sepa yo regenerarme con tu auxilio.

Domine ¿ad quem ibimus? Verba vitae aeternae habes: ¡Señor ¿á quien sino á Ti iremos? ¿Quién sino Tú podrá esclarecer nuestra razón con la luz de la Palabra Infalible? ¿Quién sino Tú, Dios mío, podrá dar á nuestra alma el reposo y la felicidad á que ella aspira? ¡Dígnate, pues, oh Pastor misericordioso, oh mi dulce Jesús, venir hacia los que te aman, que nuestro corazón arde en deseos de recibirte; y haz que viviendo siempre bajo tu aprisco y tu amparo exhalemos el último suspiro en brazos de la perseverancia final y gocemos de la recompensa preparada á los justos en las mansiones de la Eterna Vida! Bone Pastor Panis vere, Jesu nostri miserere: Tu nos pasce, nos tuere: Tu nos bona fac videre in terra viventium. Amen.





1030027

